



Paphiopedilum helenae

Capítulo 15

Orquídeas, Armas y Clavicordios

Antes de su dieciochoavo aniversario, en 1996, Xavier Garreau de Loubresse consiguió un gran estatus en el mundo de las orquídeas con su gran colección de extremadamente raras especies. El trabajó con los legendarios cultivadores franceses Maurice y Marcel Lecoufle, pero como muchos que comienzan a tener éxito entre los orquidófilos, Xavier era en su mayor parte, autodidacta. El también probó ser bastante adepto a encender sentimientos de admiración y cólera de propios y extraños.

Un cultivador de orquídeas alemán, envidioso de la reputación de cultivador e influencia de Xavier, cruelmente lo acusó de ser “*un arrogante, testarudo y paranoico mocososo*”. Un viverista alemán entrado en años, se refirió a Xavier como “un visionario y un genio”, y después añadió que el joven adeudaba grandes sumas de dinero a cultivadores de orquídeas en Tailandia, Filipinas, Alemania, y los Estados Unidos. Los oficiales de aduana en París se refieren a Xavier como “*l'en fant terrible*” del mundo de las orquídeas, pero generalmente aprobaban sus actividades de cultivador de orquídeas y le daban gran libertad de importar plantas para propósitos de reproducción y estudio científico. De esta conflictiva relación, era claro que, independientemente de la aprobación o desaprobación de Xavier, había poca duda de que era un fanático de las orquídeas de primer orden.

Furia ciega, celos asesinos, y exageración salvaje son cosa común en el extraño y aislado mundo del cultivo de orquídeas, pero no había oído nada en los 5 años anteriores que me preparara para los rumores acerca de Xavier. Me dejaba perplejo como un joven podía generar tanta controversia y chismes depravados. Cuenta un relato que él vivía con cientos de orquídeas raras y su madre en un apartamento de la época eduardiana en el decimosexto distrito de París. De acuerdo a las fuentes, cada ventana y pared del apartamento estaba cubierto de hongos debido a las condiciones de humedad de invernadero. Los cuartos estaban llenos con una jungla de raras orquídeas tropicales que cubrían los pisos y mesas y colgaban de los altos techos. Oí decir que cuando Xavier no estaba regando sus plantas, o fumigando con químicos tóxicos, él tocaba el clavicordio para sus invitados o disparaba municiones a las paredes de su recámara. Los rumores fueron más lejos para describir cómo su madre dormía con una escopeta recortada accionada por bomba. Yo no creí una palabra de estos ab-

surdos, pero muy dentro de mi mente, esperaba que al menos algo de todo esto fuera realidad. En cualquier caso, no podía esperar el momento de reunirme con Xavier y su madre.

Un comerciante de orquídeas de Inglaterra me dio la dirección y número telefónico del apartamento de Xavier en París. El hombre me dibujó un mapa mostrándome un esquema del departamento, y escribió abajo el código de seguridad para la entrada principal del edificio. Yo no tenía ninguna intención de entrar al apartamento de un cultivador de orquídeas armado sin invitación, pero el hecho de que un extraño me haya dado información detallada, me preguntaba acerca de los negocios que Xavier tenía con el hombre. Por más de un año trate de contactar a Xavier a través de cartas y correos electrónicos, pero él no respondía. Traté de adularlo y le ofrecí información del hábitat y cultivo de especies de orquídeas de Borneo y que sabía estaba interesado. Le mentí diciéndole que estaba interesado en armas, pero nada que yo dijera rompía su silencio. Personas en el negocio de orquídeas en París me dijeron que Xavier se mantenía escondido por sus deudas y, por esa razón, él no hablaría nunca conmigo.

Llamé a mi amiga cultivadora, Eleanor Kerrigan de Seattle, para pedirle consejo de cómo tentar al joven francés a salir de su escondite. Esperaba que ella supiera cómo hacerlo, pero después le dije lo que sabía de Xavier y le di mis razones para esperar reunirme con él. Ella de pronto me dijo que me había subido a las paredes. —“Fiebre de orquídeas. Es lo que has adquirido, muchacho, ¡y de qué manera!”— rió.

Eleanor colgó el teléfono, y mientras escuchaba el tono de marcar, finalmente tuve que admitir que las orquídeas estaban haciendo cosas extrañas en mí. Con el tiempo, comencé a buscar a Xavier, tuve que gastar cinco años al borde de la locura del mundo de las orquídeas. Al principio, solo quería saber cómo estas bellas flores podían ser responsables de muchas conductas viles. No pasó mucho tiempo para experimentar lo que pasaba. Con el tiempo, descubrí que muchos “traficantes” convictos eran verdaderos conservacionistas, y que ciertos “conservacionistas” bien posicionados eran traficantes de plantas con la ayuda de permisos falsos de CITES para “estudios científicos”, sabía dónde estaba la acción. Me enfoqué en esas personalidades, y mientras más complejas eran sus historias, más ansiosamente los cazaba.

No pude recordar la última vez que miré una flor y la aprecié por su frágil belleza. Las orquídeas tienen mecanismos de disparo. La visión de la magnífica flor de *Paphiopedilum supardii* trajo a mi mente una baladía contienda taxonómica entre dos botánicos, mientras *Cattleya violacea* me traía a la memoria un cultivador de Minnesota, quien una vez confesó que portaba lentes de espejo todo el tiempo porque hacía más fácil para él fijar la mirada en los pechos de las mujeres. *Paphiopedilum greyi* Thunder Thighs conjuró la imagen de voluminosos jueces de orquídeas comiendo donas cubiertas de chocolate, y *Sedirea japonica* me hizo pensar en el diseñador de fragancias Joe Heydel, quien pasa su vida oliendo orquídeas. En este punto, estaba tan emocionado, que no podía mirar una de esas plantas sin ligar una personalidad brotando de mi mente. El espectáculo de *Paphiopedilum sanderianum* me hizo pensar en el cazador de orquídeas Donald Levitt situado en lo alto de su tocado de cartón camuflado en las faldas de Fire Mountain. Aún en la fila de la caja de cobro de la tienda de mi barrio no escapaba yo de los orquidófilos. Detrás de la caja registradora, colocadas en un estante llenas con *Phalaenopsis* híbridas producidas en masa, se vendían a \$19.95; cada vez que las veía pensaba en el cultivador de orquídeas de California quien disparó y mató a su socio y después mutiló el cadáver, porque ellos no pueden estar de acuerdo en cómo reproducen y venden esas plantas de calidad en los supermercados.

No quiero dar la impresión que personas normales, saludables, inteligentes y equilibradas no son atraídas por las orquídeas. Yo dije que ellas existen y he tenido mucha suerte en encontrarlas. Algunas son extremistas, los guardabosques solitarios, pioneros, mercaderes de fantasías, y personas que cuentan historias y que viajan a las exposiciones de flores. Ellos son como irresistibles flores silvestres, y los recolecté en cada oportunidad. Confundidos en mi mente, estaban los soplones pagados, viveristas rapaces, traficantes internacionales de plantas, ladrones de polen, botánicos excéntricos, jueces de orquídeas corruptos, recolectores y cultivadores legendarios, inadaptados, aficionados, y seguidores en cantidad.

Una vez, en una ocasión, cuando tuve el placer de reunirme con gente como Michael y Teresa Fung, de Maisie Orchids, quienes amaban sus plantas y las alimentaban de una manera que evocaban sonidos de placer y serenidad. Hubieron algunos cultivadores y aficionados que se hacían de la vista gorda con las políticas de las

plantas y se dedicaron con pasión a las orquídeas con un profundo sentimiento y empeño que continúa asombrándome. También tuve el placer de reunirme con grandes espíritus como Gunnar Seidenfaden, quien irradiaba una intensa vitalidad y amor por la vida. Gunnar es la voz de la razón en tierra salvaje; una persona quien, con una simple anécdota, [\(puede reducir a escombros décadas de esfuerzos equivocados de conservación muy costosos para beneficio propio" —y eso, sin querer hacerlo.\)](#) puede reducir a escombros —sin querer— décadas de multimillonarios esfuerzos de autoservicio de preservación mal encaminados.

Pero las más de las veces, me encontré con gente como los fabricantes de nieve de tubérculos de orquídea “testículos de zorro” del este de Turquía, o al anciano reproductor de orquídeas de Los Angeles, quien se sentaba en su cuarto de reproducción a beber tragos de “Wild Turkey” mientras reía para sí mismo, escuchando viejas canciones de rock-and-roll en el radio, y tenía sexo con sus orquídeas con un palillo. Y entonces, estuvieron el “vuelto a nacer” vendedor cristiano de orquídeas al detalle de Wisconsin, quien me dijo cómo pasaba el invierno los domingos en la mañana estirando los miembros en una mesa en su vivero. Bañado en la cálida humedad, bebía capuchino con sabor a amareto y escuchaba un tipo de música ambiental de la nueva era que consistía en chillidos de ballenas y delfines, burbujas, descargas de escusados, llamados de pájaros *shorebird*¹, tambores nativos pseudoamericanos, y unos tipos de melodías de flauta que hacían las veces de calmante, pero que tienen algunos efectos secundarios dañinos.

Cada vez que miraba un espécimen de orquídea comprimido del herbario, pensaba en la lucha del Dr. Braem con los oficiales de aduana alemanes por las plantas muertas recolectadas en el siglo XIX. Mi obsesión por el mundo de las orquídeas llegó al punto donde no podía caminar por un vivero sin visualizar el lugar pululando con vestidos de Kavlar, aturrido por las granadas de mano, oficiales armados y sus perros de ataque. Era una locura, grupos de gente golpeada, y me gustara o no, no pude conseguir mucho de ellos. Comencé a aficionarme como adicto de sus historias, y es por eso que necesitaba encontrar a Xavier.

Pasó un año para mi primer intento de contactar a Xavier, y durante ese tiempo continué entreteniéndome yo y mis amigos con la imagen de un cultivador de orquídeas tocando el clavicordio y quien ingería grandes dosis de insecticidas tóxicos y pasaba su tiempo libre disparando municiones a las paredes de su recámara. Esta visión fue de repente rota a finales de 1998 cuando recibí una inesperada carta de Xavier. El se disculpaba de su largo silencio y explicó que su trabajo sobre orquídeas había sufrido una serie de contratiempos. El estaba comenzando justo un nuevo laboratorio de propagación y me preguntó si estaba aún interesado en reunirme con él. Acordamos una fecha, pero el pensamiento de confrontar mi versión fantasiosa con él, me hizo sudar frío.

Nervioso por la posibilidad de que alguno de los rumores fueran ciertos, volé a París a principios de enero de 1999 a reunirme con Xavier y su madre, Michelle Garreau de LoubresseCorlin. Los tres fuimos a almorzar a *Au Pied de Cochon*, un restaurante cercano a *Les Halles* en la calle Coquillere. Mi primera impresión de Xavier fue decepcionante. Parecía ser un joven inteligente, decente, íntegro, bien educado, y todas esas cualidades que contrastaban con lo que yo había esperado. Su madre también era muy diferente de lo que esperaba. Ella era joven, bien vestida, y tenía una manera de tratar tranquila y absorta que encontré muy atractiva. Sentados alrededor de la mesa, me sentí inquieto mientras caía en cuenta que era el único desconocido.

Ordenamos *choucroute* con un vino del Rhin alsaciano frío, y a los pocos minutos Xavier cubrió la mesa con fotografías a color de su colección de orquídeas. Mientras examinábamos las fotografías, el mesero trajo una gran bandeja con una pila de nudillos de puerco sazonados con comino, embutido de sangre², papas cocidas, y col fermentada asada. Xavier despejó un lugar para la fuente, y a través de la nube de vapor que provenía de la col, pude distinguir las formas familiares de las especies exóticas de *Paphiopedilums*, incluyendo *dele-natii*, *rothschildianum*, *stonei*, y *sanderianum*. Pero lo que llamó mi atención, fueron las fotos de las orquídeas zapatilla recientemente descubiertas, de las cuales, *Paphiopedilum helenae*, *P. jackii*, y *P. gigantifolium* estaban en plena floración. Xavier conocía la latitud y longitud precisas donde estas tres plantas crecían en estado silvestre, los nombres de quienes las recolectaron, los precios que se pagaron, y detalles de cómo las

¹ Shorebird. Pájaros que se encuentran en las orillas de los ríos

² En México existe un platillo parecido llamado “moronga”.

plantas fueron transportadas a través de las fronteras internacionales. Escuchando esta información, caí en cuenta que Xavier no era un impostor, él sabía de lo que estaba hablando.

Con los lentes empañados por el vapor de la col, Xavier me platicó de su mundo, y antes de que los nudillos de puerco fueran reducidos a brillantes huesos y cartílagos, me di cuenta que los rumores acerca de él apenas arañaban la superficie. En las siguientes siete horas, Xavier habló, y durante ese tiempo descubrí que las historias acerca de su apartamento lleno de orquídeas, las armas, el clavicordio, y los agujeros de perdigones en las paredes de su recámara, eran verdad. El brillo de su colección de armas incluían varios rifles Mauser M98K, una Uzi, y el prototipo original de la pistola alemana Luger. Cuando le pregunté acerca de los agujeros de perdigones, me explicó que “fue un accidente, el resultado de un problema no relacionado con orquídeas”.

¿No relacionado con orquídeas? Me agradó la insinuación de la ignota violencia, pero resistí la tentación de preguntar si, por casualidad, los perdigones pudieron haber pasado a través de un cuerpo humano durante el breve viaje desde el cañón de la pistola a la pared.

Moviéndonos a tópicos más ligeros, Xavier me dijo que había comenzado su cultivo de orquídeas cuando tenía 11 años. A la edad de 15, él había ganado un reconocimiento científico en *the World Orchid Conference* en Glasgow por su investigación en la producción de cápsulas de semilla para tallos de flor cortada. Xavier dejó la escuela a los 16 porque, como su madre explicó, él había sido hostigado por los maestros y otros alumnos. Una vez que dejó la escuela, se dedicó de tiempo completo al cultivo y estudio de las orquídeas. Pasados dos años, había acumulado una impresionante colección de orquídeas raras. Su trabajo de laboratorio utilizando el agua de coco (un líquido natural del endospermo) en su medio de cultivo para ayudar a germinar semillas, atrajo la atención de muchas personas influyentes del mundo orquidófilo. El se convirtió en parte de un grupo de cultivadores, comerciantes, traficantes, informadores, y científicos cuya sinceridad era tan frágil e impredecible como las orquídeas con las que ellos trabajaban.

Durante el almuerzo, Xavier me proveyó con una avalancha de detalles acerca de las batallas peleadas por cultivadores holandeses, alemanes, franceses, y taiwaneses, y cómo los *yakusa* (*gangsters* japoneses), triadas de Hong Kong, y lores de la droga colombianos lavaron dinero con las raras orquídeas. No estoy seguro de cuánto de esto sea verdad, pero tuve un tiempo de reflexión esa tarde. Xavier prosiguió explicando como grandes embarques de orquídeas y otras plantas raras fueron transportados a través de los muelles de Marsella sin las formalidades aduanales. El platicó muy entusiasmado del desarrollo de un nuevo escáner que podía detectar moléculas de agua e identificar plantas contrabandeadas en el equipaje en los aeropuertos. Xavier conocía a muchos cultivadores, científicos, y oficiales de aduana que estaban bajo investigación, y por supuesto, su monólogo fue condimentado con bizarras anécdotas. Una de mis favoritas fue la de un grupo de joviales oficiales de aduana de Austria. De acuerdo a Xavier, ellos habían desarrollado tan baja opinión de un oficial de CITES en Ginebra que cada navidad le enviaban un regalo magníficamente envuelto lleno de caca de perro. Incluían en el regalo una nota de agradecimiento alabando al oficial por su continuo esfuerzo por proteger las especies de plantas en peligro.

Xavier explicó como el mundo orquidófilo está lleno de delatores. —“Solo en Francia”— dijo, —“hay 73 delatores numerados y pagados, y tienen derecho al 10 o 20% de cualquier multa con un tope de \$200,000 en cualquier operación”—Cuando en broma le pregunté si había alguna vigilancia sobre mí, me dijo de un “archivo sospechoso” que había visto en Bruselas. El reporte mencionaba mis frecuentes visitas a Borneo a través de los años, e incluían una lista parcial de personas con las que había viajado. Esto me consternó un poco (yo después intercambié un poco de mi propia información por una ojeada a una sinopsis del reporte escrita a mano, que incluían el nombre de su autor). A pesar de ese delicioso bocadillo de información, no estoy aún seguro acerca de la veracidad de muchas de las historias de Xavier.

Cuando le pregunté a Xavier si aún estaba cultivando orquídeas en su apartamento, me dijo que había trasladado su colección a un nuevo lugar en las afueras de París desde hacía tres meses. Las opiniones varían acerca del uso de fungicidas y pesticidas; varios cultivadores creen que estos químicos deben usarse con moderación. Pero Xavier siente que las orquídeas necesitan ser tratadas aproximadamente cada dos semanas con productos que definitivamente no son saludables para los humanos. A lo largo de un período de cinco años, él

ha fumigado más de 20 litros de químicos tóxicos en el apartamento que comparte con su madre y las orquídeas, y esto ha hecho caer su cuenta de glóbulos rojos.

—“Yo utilizo insecticidas organofosfatados”— explicó Xavier. —“Uno de ellos es conocido como ácido *imethylphosphorodithiaico*, y puede ser peligroso si no se utiliza con propiedad. Los organofosfatos pueden afectar el tronco cerebral, y por unos dos años yo tuve un par de problemas. El insecticida interfiere con enzimas en el sistema nervioso de las plagas de insectos y causan muerte por parálisis del sistema respiratorio. No estoy seguro de lo que otras atomizaciones pueden hacer a los humanos, pero cuando un niño que vivía escaleras abajo, comenzó a perder el pelo y a vomitar incontrolablemente, supe que era tiempo de trasladar las orquídeas a un nuevo lugar”.

Leyendo acerca de las generalidades y peligros a la salud de los insecticidas organofosforados, me encontré con el libro “*Virus Hunter, by C. J. Peters and Mark Olshaker*”. Un pasaje que llamó mi atención fue el que tuvo que ver cómo, en 1939, el científico alemán Dr. Gerhard Schrader, estaba trabajando con un nuevo insecticida organofosforado, cuando se le ocurrió la novedosa idea de desarrollar un gas nervioso para matar personas en lugar de insectos. Quién puede decir de donde salió ese tipo de inspiración, pero pronto fue desarrollado el Tubán, el primer gas nervioso. El Tubán no fue lo bastante letal para el gusto del Dr. Schrader, así que continuó su trabajo durante dos años más hasta que creó su obra maestra, un agente nervioso que ahora se conoce como Sarín. Los insecticidas organofosforados trabajan de la misma manera que el Sarín. Esto me hizo preguntarme acerca del tronco cerebral de Xavier.

Después del almuerzo, Madame de Loubresse-Corlin, y yo caminamos a la cercana estación del metro, donde tomamos una serie de trenes que nos llevaron a las afueras de París. Yo estaba incierto de la dirección a la que viajamos, pero después de 45 minutos salimos del tren y caminamos hasta un auto que estaba esperando por nosotros. Yo esperaba que me vendaran los ojos para llegar a nuestro destino final, pero cinco minutos después nos estacionamos a la orilla de la acera en un quieto vecindario de clase media. En la puerta de una indescriptible casa del suburbio, nos reunimos con el Dr. Truong Van Thuong, un botánico de Vietnam quien estaba a cargo del laboratorio de Xavier y de la colección de orquídeas. Entramos a la casa, sentí mi respiración como si una pared de calor húmedo tropical me golpeará. La sensación de pasar por la puerta del frente de la casa fue un poco como entrar a la cueva de Alí Babá; esto es, si Alí Babá fuera un cultivador de orquídeas raras y mantuviera su cueva a 80 °F (26.6 °C), bancos con luces de crecimiento instalados y un sistema de circulación de aire, y manteniendo la humedad cercana al 85%.

Me asombró descubrir que el edificio completo se había convertido en un vivero de varios niveles. Los suministros de vivero estaban apilados en closets. No había ni una astilla de algún mueble o alguna otra cosa familiar a la vista. La fachada de la histórica casa se veía normal, pero toda la sección trasera del edificio se había transformado en una estructura con paredes de vidrio en los tres costados. Una red confusa de escaleras llevaban de un nivel a otro. Pisos y paredes habían sido removidos, así que la luz natural inundaba un mundo tropical maravilloso de exóticas orquídeas colocadas en largas mesas de vivero. Un sofisticado laboratorio y almácigo estaba escondido en un área adjunta, donde hilera tras hilera de frascos colocados en estanterías, contenían decenas de miles de diminutas plántulas en matrases estériles. El espacio estaba en completo silencio, con la excepción del sonido de nuestros propios pasos y el apacible zumbido de las bombas de agua.

Estos son los dominios de Xavier: un fabuloso acervo de exóticas y extrañas plantas donde el prodiga atención a tesoros como *Bulbophyllum echinolabium*, la floración verde de *Paphiopedilum jackii*, y una de mis especies favoritas de Borneo, *Paphiopedilum rothschildianum*. Para mi sorpresa, Xavier estaba aún extasiado por la belleza de las plantas. Manejaba las orquídeas gentilmente y hablaba de ellas con una reverencia que era, de improviso, conmovedor. Pensé que Xavier había estado entusiasmado durante el almuerzo, pero su modo de ser en el restaurante pareció absolutamente como sonámbulo comparado a su comportamiento esa tarde. No queriendo que me perdiera de alguna planta, él me llevaba de una orquídea a la siguiente. Le daba una inmensa alegría mostrar su colección, y mientras él hablaba, no quedaba duda de que esas plantas eran la gran pasión de su vida. Tan grande era esa pasión que, antes que terminara el recorrido, mi mente se había convertido en gelatina. La virtuosa actuación de Xavier fue inolvidable, pero respecto a las orquídeas, apenas puedo recordar no más que algunas cuantas de esas magníficas plantas.

El Dr. Thong, quién asentía cortésmente con la cabeza, pero no dijo nada durante el recorrido, nos condujo de regreso a la estación del tren al anochecer. El sonrió, estrechó mi mano, y entonces se retiró. Nosotros esperamos el tren en silencio. Había anochecido antes que Xavier, su madre y yo llegáramos a las afueras de París. Después del confortante calor del invernadero, estaba temblando por la fría humedad y aturdido por cuánto había yo visto y oído. Los tres hicimos nuestro viaje a través del laberinto de túneles subterráneos, profundo, en el corazón del sistema del Metro de París, cuando la madre de Xavier de repente se paró. Ella me dio las gracias afectuosamente, me besó en ambas mejillas, y pronto desapareció en un caudal de pasajeros que se vertían como en un embudo en un pasadizo oscurecido. Xavier y yo nos fuimos por otro pasillo, abordamos nuestro tren, y continuamos hacia el centro de la ciudad. En la estación Chatelet-Les Halles, Xavier se despidió y se dirigió hacia la puerta corrediza. Mientras el tren se movía, me di cuenta de cuánto había disfrutado la reunión con Xavier. El fue apasionado y complicado, en cierto modo, casi cercano al fanatismo, y esto contribuyó a su personalidad única. Aturdido, me bajé en mi parada y deambulé de regreso al hotel que había dejado ocho horas antes.

Mientras subía las escaleras al cuarto del hotel, mi cabeza estaba majada y mis oídos sonaban los sonidos de binomios latinos que aún hacían eco en mi mente. Me quité la ropa, preparé un baño de vapor, y después, como un drogadicto, caí en un eufórico letargo sumergido en el agua caliente. Inmediatamente comencé a descongelarme. Sometiéndome a vaporizaciones, hasta adormecerme, me di cuenta que el hábito de las orquídeas iba a ser difícil de abandonar; pero por el momento, no podía importarme menos. Yo estuve tan alto como una cometa sobre los orquidófilos, y me sentí bien.

La reunión con Xavier fue como descubrir la orquídea más rara sobre la tierra. Completamente ahído, tiré mi libreta de apuntes al piso del baño y experimenté el equivalente al éxtasis postcoital del escritor. La última cosa que recuerdo antes de dormir, fue una visión de Xavier. El estaba probablemente en casa leyendo un libro o tomando su cena, pero en mi mente lo vi rodeado por miles de orquídeas, todas ellas en flor. La noche cayó.

La luna estaba en lo alto, y una luz nebulosa de insecticida organofosfatado flotaba en el aire a través de las luces de las velas de los cuartos de un edificio en ruinas, incrustado con hongos y agujereado con hoyos de municiones. Xavier estaba sentado en un largo banco; una ametralladora con el cañón humeante yacía a sus pies, mientras él tocaba el clavicordio.

FIN